

Lenguado

Sigiloso y sutil entra a la sala. No impone respeto. Lo trae consigo y saca sólo cuando empieza a hablar.

Todas las clases son iguales.

Comienza hablando lento y ligero, casi como entonando la canción que le quedó dando vueltas de la radio en la mañana, sin parar y, por lo que he visto, hasta sin respirar.

Siempre de colores oscuros y multicombinables. Chaqueta, pantalón y mocasines, con una maleta a tono y sus lentes a lo Sean Connery, deambula callado, casi tímido, quizá pensando en el error gramatical más reciente o en alguna rareza del lenguaje que acaba de descubrir.

Tras sus lentes esconde una mirada indescifrable. Ojos de niño con miedo diría, pero su miedo sólo es a veces, y sólo en sus manos.

“Miedo a Dios, miedo a los hombres, miedo al miedo”, parece decir cada vez que acaricia una nueva esfera de su rosario. Me asombra que alguien pueda caminar, controlar una clase, pensar y, además, rezar concienzudamente, como veo, él lo hace.

Con su pizarra atrás y sus lentes delante, le brilla la calva. Pero ese brillo no es el que nos encandila. Lo que nos cega son sus ideas.

Y es que nos enseña sin que sepamos qué ni cómo...habla de él, su familia, su pasado y hasta de sus amigos, pero siempre salimos del salón con la idea de haber aprendido algo nuevo y, por si fuera poco, el materia del curso.

Es extraño aprender, o como diría un profesor del colegio: “aprehender”, con él. La materia del curso pasa más por su estado de ánimo (que gracias a Dios siempre es bueno) que por el *sylabus* o el organigrama preconcebido por algún profesor angustiado por no poder hacer clases y en ellas copar con su *sabiduría* a todos los alumnos de la cátedra.

Él no aburre cuando habla, principalmente porque él mismo no se aburre al hablar, y habla. Habla mucho, y habla bien.

Casi tan bien como el corte de su barba, parejo como su palabra y estándar como sus colores.

Pero eso es lo que más sorprende. Encasillado como fome, de colores, caminar y hablar; piensa diferente. No sé si lo hace por gusto o por educación, pero sé que lo hace y, al hacerlo, no sólo educa, sino que también entretiene.

¿Quién dijo que las clases deben ser fomes?, a las once de la noche un profesor que no use el letargo para sentirse y verse inteligente, sino que disfrute de la erudición, se agradece.

Porque así es él: sencillo, autorreferente y estricto hasta el cansancio. El Patch Adams de las letras, de las vocales, las consonantes, los garabatos y la prosa.

Un estudiante de la palabra y la lengua...un lenguado sin escamas, ni pestañas, pero con lentes.